

EL HUMANISMO CIENTIFICO DE JOSE LUIS PINILLOS

JOSÉ MOYA SANTOYO
PILAR VALIENTE GONZALEZ
U. Complutense de Madrid

RESUMEN

El humanismo científico de Pinillos es el resultado de la investigación en el campo de la psicología con una estricta metodología científica, y la consiguiente insatisfacción que produce la interpretación fragmentaria del hombre que ésta ofrece. La psicología, que se inscribe en el ámbito de las ciencias naturales, no tiene previsto en su epistemología el uso de una serie de categorías y figuras lógicas, como la causalidad final, o los juicios de valor, ni pueden atribuir intenciones subjetivas a los procesos que estudia y maneja. De nada de esto, sin embargo, puede prescindir el ser humano que, precisamente, está dotado de conciencia, que ordena su conducta por móviles y propósitos personales, que está dispuesto a soñar con otras vidas posibles más allá de ésta y, en último extremo, capacitado para autodeterminarse y darse a sí mismo destino en libertad.

ABSTRACT

The scientific humanism of Pinillos is the result of his research in the field of psychology following a strict scientific methodology with the resultant insatisfaction that a fragmented interpretation of Man produces. Psychology, as part of the natural sciences, does not foresee in its epistemology the use of a series of categories and logical figures, as the final causality, or value judgments. Nor can it attribute subjective intentions the processes that it studies. Nevertheless, a human being can not prescind his existence from them precisely because he is gifted with a conscience that orders his conduct through personal motives and intentions. He is capable of violating these norms that morally guide his conduct. He is capable also of dreaming of other possible lives beyond this one and, in the extreme, capable of his autodetermination and of also determining freely his own destiny.

En una reciente entrevista Pinillos declaraba que lo que realmente define su trayectoria académica y de investigación es el humanismo científico: el estudio del hombre en su doble dimensión científica y filosófica.

Lo primero que hay que afirmar con rotundidad es que Pinillos defiende una psicología científica, siguiendo los métodos de las ciencias naturales. Pero muestra que esto es insuficiente. Para explicar la actividad del hombre es preciso recurrir a otros ámbitos epistemológicos que reclaman para la ciencia psicológica no sólo la explicación causal de su conducta sino, sobre todo, su intencionalidad, las consecuencias que persigue, porque el hombre es más su futuro que su pasado o su presente.

Pinillos es un científico que se sitúa en una posición comprensiva en el estudio del hombre, por ello no es de extrañar que, en ocasiones, adopte una postura crítica e incluso beligerante contra aquellos autores que reducen al hombre exclusivamente a su conducta observable. Cuando escribe a favor del "hombre total" en los años 50, el paradigma dominante, el conductismo, sigue las directrices del positivismo lógico, absolutamente intransigente con todo lo que hiciera referencia a aspectos no observables del individuo. Los investigadores del comportamiento debían limitarse exclusivamente a los métodos públicos de observación que cualquier científico pudiera aplicar. Por otro lado, el objeto de estudio debía ser única y exclusivamente la conducta, ignorando temas referidos al estudio de la mente, el pensamiento, la imaginación; conceptos como los de plan, deseo o propósito debían ser eliminados como mentalistas. Asimismo debían eludir cualquier forma de representación mental, como símbolos, ideas, esquemas. . . Toda actividad psíquica podía ser estudiada y explicada sin recurrir a entidades mentalistas que nunca fueron esclarecidas por los filósofos anteriores y que llevó al introspeccionismo a penetrar en caminos oscuros (Watson, 1925)

Los conductistas creían firmemente en el poder determinante del medio y defendían la idea de que las actuaciones de los individuos operaban como reflejos pasivos de diversas fuerzas y factores del medio y no dirigidos por sus propias ideas y propósitos o porque su aparato cognitivo poseyera determinadas tendencias estructurales autónomas. Daban por supuesto que la ciencia de la conducta, tal y como la establecieron Pavlov,

Skinner, Thorndike o Watson, podía dar cuenta de cualquier conducta del hombre y del animal, desde el reflejo más elemental al pensamiento más elaborado (Moya, 1992).

Es verdad que con la llegada del conductismo se encontró respuesta a muchas inquietudes de los científicos, como la equiparación de la psicología a las ciencias naturales, el abandono del actuar introspeccionista y la explicación del comportamiento humano, aplicando las mismas leyes derivadas del estudio del comportamiento animal. Sin embargo, el conductismo tenía serias limitaciones en la explicación de la conducta humana y, por tanto, en su forma más radical fracasó al pretender abarcar toda la actividad humana basándose en tal reduccionismo. El conductismo tuvo numerosas críticas entre las que destaca la de Lashley, quien en Septiembre de 1948, en la conferencia "The problem of serial order in Behavior" puso en tela de juicio las doctrinas que habían dominado el análisis conductual durante las últimas décadas. Por otro lado, en el simposio celebrado en 1963 sobre "conductismo y fenomenología: Fundamentos contrapuestos de la psicología moderna", T. W. Wann resaltó la crítica acerba de S. Koch al conductismo, por depender del primitivo positivismo lógico, que ya había sido abandonado como enfoque válido incluso en las Ciencias Naturales. La misma acometida a los fundamentos positivistas del conductismo skinneriano fue llevada a cabo por el filósofo Michael Scriven (Moya, 1992).

La psicología soviética también criticó el materialismo mecanicista del conductismo porque, en su afán de objetivismo, llegó a negar la realidad de la conciencia y de los procesos psíquicos superiores tan necesarios para defender la libertad humana. La equiparación que hacen los conductistas del hombre con el animal a todos sus efectos fue otro punto de crítica. En 1950, Frank Beach criticó la preocupación de los psicólogos por estudiar las ratas, y a Spence y Osgood por diferenciar al hombre del animal solamente por la capacidad que tiene el hombre para el lenguaje.

A pesar de las numerosas críticas que ha recibido el conductismo, sus aportaciones a la psicología han sido muy importantes. Pinillos reconoce que estas aportaciones merecen su interés, pero para llegar a comprender y estudiar al hombre es imprescindible recuperar la conciencia que, en última instancia, es lo más característico del ser humano.

1. DIMENSION CIENTIFICA Y DIMENSION HUMANISTA DEL ESTUDIO DEL HOMBRE

1.1. IMPORTANCIA DEL MÉTODO CIENTIFICO

Pinillos, convertido al método científico en el Maudsley Hospital de la mano de Eysenck, ha realizado numerosas investigaciones utilizando el método hipotético-deductivo, dentro de la más pura orientación experimental. El pensamiento de Pinillos ha discurrecido entre el estudio más rigurosamente experimentalista de la conducta en su dimensión biologicista, a la que el psicólogo nunca debe renunciar, y la dimensión humanista, que aporta lo menos tangible del ser humano, pero no lo menos real y, desde luego, lo que mejor define la dimensión auténtica del ser humano. Para Pinillos no es comprensible una única dimensión del ser humano, porque: "Desde el momento que el mundo moderno intentó someter el estudio y comprensión del hombre al método del rigor y exactitud científica se vio que el espíritu humano era inaccesible al cálculo... el hombre se muere a chorros en cuanto se le somete al afilado análisis de la ratio formalizada en ciencia" (Pinillos, 1951a, p. 2).

Cuando analizamos su posicionamiento respecto al estudio del hombre es posible tener la impresión que Pinillos tiene un marcado sesgo hacia el humanismo, pero es muy posible que este golpe de timón sólo sea una maniobra para mantener el rumbo cuando la corriente conductista es tan fuerte que pretende arrastrar tras de sí a todos los que estudian al hombre en el campo psicológico. En este clima alza su voz para reclamar que "no es el dato, el experimento, ni los sistemas de abstracciones lo que puede cultivar la dimensión del hombre que preocupa al humanista. Son las ideas que rezuman cordialidad y espíritu, las ideas que hablan a lo humano del hombre y reducen con brillo análogo al de unos ojos amigos, las que hacen vibrar la cuerda íntima de la persona, las que significan y, además, expresan su más acuciantes y recónditos problemas. La ciencia hace al hombre capaz de ser escalofriantemente objetivo y metódico. ¡Empero, las verdades científicas no

tienen corazón!; diríase que perfeccionan al hombre impersonalizándolo. Cultura, en cambio, es aquel saber que rotura y fecunda los más secretos entresijos de la personalidad, sembrando en ellas ideas sabrosas, verdaderas y sinceras, ideas beligerantes, atrayentes u horribles, pero jamás neutrales. La cultura nutre a la persona con manjares sabrosos, un poco al modo de la *sapida scientia* de los místicos: *Quod sapit nutrit*. . . Y tales manjares no pueden ser gustados con gélida indiferencia en impávida actitud teórica, porque en su cálida transvivencia es en lo que cabalmente consiste su conocimiento" (Pinillos, 1951a, p. 6).

1.2. EL HOMBRE ENTRE LA CIENCIA Y LAS HUMANIDADES

Si aceptamos como válida la definición de cultura que nos ofrece Rickert, en donde cultura significa concepción del mundo, un sistema de ideas-fuerza desveladas en el ejercicio de las humanidades y de la sabiduría, estas ideas escapan en mucho a las formulaciones de la ciencia. Para la ciencia lo importante son los objetos, entidades impersonales, mientras que la cultura incide directamente en lo más recóndito del hombre incidiendo sobre éste de una manera beligerante.

Para Pinillos, el estudio de la ciencia debe cumplir los siguientes requisitos:

- 1) Alcanzar una estructura deductiva.
- 2) Tener un objeto formal necesario que permita el juego deductivo de la inteligencia, una materia que sea discursable.
- 3) Tener un objetivo particular, en el doble sentido de que sea parcial, es decir, no un cosmos físico o espiritual, y además parcelable, susceptible de análisis.
- 4) Si el objeto material de la ciencia no es en sí mismo necesario, las conclusiones de su juego deductivo han de ser, además, inequívocamente contrastables por procedimientos empíricos.

Pinillos piensa que el estudio de la persona, en su aspecto humano, no puede alcanzar estas condiciones y, por tanto, no puede alcanzar el rigor científico. Lo científico debe conocer formal y sistemáticamente su objeto a partir de principios, y el hombre no puede ser incluido en un saber científicamente estructurado. El deseo de plasmar de rigor científico a los saberes del espíritu ha cargado frecuentemente la mano en la profilaxis metodológica, degenerando en un positivismo deshumanizado (Pinillos, 1951a). La ciencia es impersonal, mientras las humanidades se acercan a la persona en sí misma. Si lo verdaderamente humano comienza con la intelección y transvivencia de la materia en que discurre, las disciplinas científicas muy poco tienen que transvivir o entender. La impersonalidad metodológica de la ciencia funciona en el vacío al enfocar el tema de la persona humana, solamente nos ofrece datos sobre los que tenemos que levantar el auténtico sentido del ser humano, que únicamente pueden hacer las humanidades auténticas, que no se limitan jamás a reconstruir eruditamente un hecho, un personaje (aunque también lo hagan), sino que, inscribiéndolo en su tiempo, en su mundo, en su contorno cultural, procuran penetrar, transvivir en su intimidad, en definitiva, en su espíritu. Por tanto, la ciencia no puede tratar de la vida personal, tan sólo nos ofrece lo impersonal de la persona. La persona no puede ser reducida a un mero dato, la persona es una totalidad, un microcosmos al cual se puede llegar a través de la sabiduría, la cultura y las humanidades si queremos conocer lo humano del hombre.

La vida humana sufre el impacto del método de la ciencia, que necesita operar con variables discretas. La unidad vital del hombre es sustituida así por una multiplicidad de funciones separadas -percepción, motivación, pensamiento, etc. -, cuya integración esquemática en modelos teóricos aleja al hombre de la Psicología del hombre de la realidad cotidiana. Cual nuevo rey Midas, el psicólogo positivo despersonaliza cuanto toca, lo concibe sub specie necessitatis, y lo desconecta formalmente de todo sistema trascendente de valores. Al consolidarse, pues, como saber positivo, la Psicología tiende a secularizar su objeto, excluyendo de su campo de trabajo toda una serie de datos y conceptos que hasta ahora se habían considerado de radical relevancia para el estudio del hombre (Pinillos, 1960)

Pinillos considera que la ciencia, en la búsqueda de lo humano, puede llegar a lo sumo a una descripción, e incluso a una depuración analítica y a la ordenación de unos datos que, a posteriori, pueden esclarecer el qué de las cosas; sin embargo, no llegarán a conocer el porqué de las cosas que, en última instancia, es algo que busca necesariamente la ciencia. En las humanidades, la capacidad afectiva para transvivir vidas ajenas, para intuir las sentimentalmente, constituye un medio formal de investigación, de manera análoga a como lo es el "ojo clínico" en el diagnóstico médico. La importancia de la intuición, del golpe de vista, del tacto espiritual, es decisiva en la constitución formal de las humanidades, y tanto más si se acercan al núcleo personal del hombre. La índole global, imprevisible y fluyente de la naturaleza de la persona es poco permeable al análisis y a la educación. La comunión con su objeto es la única vía que se le ofrece al humanista para explicar por dentro una realidad que es, ante todo, intimidad (Pinillos, 1951a).

Es obvia la gran distancia y diferencia existente entre la metodología científica y las disciplinas humanistas. "El término 'humanidades' conjura el peligro de embarcar en una misma nave las disciplinas que se ocupan del hombre y las impersonales ciencias que tratan de entidades necesarias; esto es, evita dar la falsa impresión de que ambos grupos de disciplinas son científicas en la misma medida y sentido. El objeto "hombre" es el centro gravitatorio de un importante sistema de disciplinas, cuyos cultivadores, los humanistas, llevan siempre el hombro enrojecido por esa violenta suerte de culatazos con que el saber entemblorea el pulso de quienes abren fuego contra piezas de su propia casta. El momento impersonal de las humanidades es tan poco explicativo, de tan menguada razón acerca del hombre y sus problemas, que es menester renunciar a éste o aventurarse por una senda conjetural poco segura, a la que en el estado actual del saber no corresponde el calificativo de científica" (Pinillos, 1951a, p. 20).

2. PROCESO DESHUMANIZADOR DE LA CIENCIA EMPIRICA.

El siglo XX es un siglo caracterizado por un amplio desarrollo tecnológico con una incidencia especial en los países occidentales. Este gran progreso tecnológico ha repercutido en los campos más diversos de la sociedad, incluso en las manifestaciones más genuinas del espíritu humano: el arte, la literatura, la música..., de modo que la propia ecología del hombre ha cambiado en un medio dominado por la tecnología de la ciudad. Bajo esta situación, es fácil comprender el desasosiego que produce la deshumanización de la vida, que ha quedado desligada, alejada de sus referentes naturales, tal como son ofrecidos por la Naturaleza. Esta deshumanización la analiza Pinillos haciendo referencia al libro La deshumanización del arte de Ortega y Gasset, quien alude de manera indirecta a este hecho mediante un análisis fenomenológico. Uno de los campos donde más se descubre la deshumanización posiblemente sea el del arte, porque es una de las áreas que tradicionalmente se han mantenido más desligadas del cientificismo.

2. 1. UNA ECOLOGIA DESHUMANIZADORA

"El tratamiento impudicamente geométrico de las formas vivas, la degradación de la natural dignidad del rostro humano, el descoyuntamiento y desecado de sus facciones, la consideración matemática de los sonidos, el desprecio al corazón del que Ortega rebosa al hablar de la música de Beethoven, el pintar o el componer más para la reflexión que para los ojos o los oídos, todo ello ostenta en su frente el indeleble cuño de su origen científicista, como lo llevara un día el positivismo de Wundt o el neokantismo marburgués" (Pinillos, 1951a, p. 21).

"Incapacitado para tratar a la persona, impotente a la vez para crear ex nihilo una superrealidad satisfactoria que en nada recordara a la realidad natural, el arte nuevo se complació en descuartizarla, previa convicción de que se trataba de un puro juego intrascendente, no de canibalismo auténtico. Se olvidó, empero, al razonar así, de que la vida humana, querámoslo o no, posee, como el sacerdocio, una irrenunciable dignidad, dignitas in aeternum, que el hombre puede pisotear o reverenciar, hacer con ella lo que quiera, menos extirparla definitivamente de sí mismo. Sin duda, por iguales motivos que la vida reprimida bajo el asfalto se refugia y chapotea en las cloacas, al arte intrascendente,

inmaculadamente puro de todo contagio personal, le afloraron por sus entresijos en turbia sociedad los más bajos despojos de la biología" (Pinillos, 1951a, p. p. 22 y 23).

Mientras la ciencia permanece lejana a todo espíritu humano, las humanidades se sienten próximas en cierta medida a ese espíritu al igual que el creyente se sentiría cercano de su Dios. Hasta tal punto vendría la diferencia entre la ciencia y las humanidades, que la primera sería más ajena a la proyección técnica que la segunda a la beligerancia espiritual, puesto que tal como nos dice Pinillos, los principios especulativos son resolutivos, analíticos, en los que se resuelve cognoscitivamente la verdad, mientras que los principios prácticos serían compositivos, sintéticos, en cuanto van detrás de hacer la síntesis de lo conocido con la existencia. "La dimensión centrífuga, activa, del saber humano, se escinde, se bifurca en dos distintos itinerarios, según dimeane de la ciencia o provenga de disciplinas más empapadas de savia humana. El arte, la técnica, dirigen las intervenciones prácticas en el ámbito de las cosas, originan el progreso que se puede palpar, la civilización. La prudencia es el hábito práctico que puede nutrirse de las ideas manejadas por el humanista".

"La proyección práctica de las ciencias incide siempre, en suma, fuera de la raíz cordial y humana del hombre, recae sobre objetos o, a lo sumo, sobre obras especulativas ajenas a toda intención moral; por eso, la técnica permite al hombre conquistar el mundo, pero no le ayuda a conquistarse a sí mismo; por los mismos motivos, las disputaciones modo syllogístico sobre temas formalistas, aguzan el discurso, pero no forman hombres. Sin embargo, la praxis que se nutre de las humanidades afecta en lo más hondo a la conducta de la persona, cuya orientación espiritual asume" (Pinillos, 1951a, p. p. 25 y 26).

Pinillos considera que el propósito de la cultura de Occidente por convertir las humanidades en ciencia es imposible, puesto que ambas disciplinas son lo suficientemente heterogéneas para intentar incluir la una a la otra y ambas merecen ser designadas con sus diferentes nombres.

2. 2. LA DESHUMANIZACIÓN POR LA TÉCNICA

Las Ciencias Humanas, en la década de los cincuenta, perdieron lo que por humano se podía entender y convirtieron al hombre en una máquina que se aleja en mucho del modelo de hombre que en principio debían forjar las ciencias: el modelo de hombre que manejan las ciencias sociales de hoy, y particularmente la psicología, carece de los atributos que la humanidad considera desde hace milenios como más propios de la especie, situándose en la operación muerte del hombre (Pinillos, 1986).

Pinillos piensa que las ciencias del hombre han asumido la tecnología de la conducta derivada de ese quehacer científico y, con ello, han contribuido al proceso de deshumanización del ser humano. La tecnificación del mundo ha causado un gran impacto en el hombre pero, lamentablemente, no de manera positiva, sino destructiva. Parte Pinillos de la consideración que Ortega hacía respecto a que "el hombre es él y su circunstancia", para afirmar que los hombres de hoy somos nosotros y nuestra tecnología, nosotros y la ecología artificial que la sociedad contemporánea se ha montado con la ayuda de la ciencia y la técnica. El hombre se encuentra inmerso en su tecnoestructura, entendiendo por ésta una ecología de alto nivel técnico, un ambiente muy tecnificado propio de la civilización de los países más avanzados. "Este nuevo mundo en que vivimos tiende de suyo a convertir al individuo en una insignificante ruedecilla de la grand machine en que se ha convertido la sociedad de nuestro tiempo; esto es, tiende a hacer del hombre aquella "cantidad despreciable" de que habla Hegel en su Filosofía de la Historia" (Pinillos, 1986, p. 5)

Esta tecnoestructura a la que está sometido el hombre es, en última instancia, lo que ha llevado a la reducción de éste a una mera pieza de la gran máquina. Aunque la tecnificación ha llegado a ofrecer un extraordinario abanico de posibilidades, también se ha convertido en una continua amenaza a su equilibrio psíquico. Pinillos considera que la tecnificación del medio ambiente y, por tanto, de la ciencia, provoca problemas de adaptación de signos muy variados, que van desde el aprendizaje de la pasividad social hasta el de la agresividad o el de la propia imagen del hombre (Pinillos 1986).

Si nos remontamos al pasado, la humanidad concebía el ambiente como un mero escenario de la iniciativa individual, tardándose muchos siglos en cambiar esta consideración de ambiente por otra que lo consideraba activo, configurador de la actividad individual y no sólo receptor pasivo de ella. Poco a poco, la influencia del medio sobre la modificación gradual de la especie iba convirtiendo al hombre en ese producto del que hoy hablamos: "Prácticamente, el hombre actual vive instalado en un ambiente tan artificial, tan 'sobrenatural', que una gran parte de la estimulación que recae sobre sus sentidos es artificial, procede de fuentes estimulares pasadas por la técnica, trátase del ruido del tráfico, del aire cargado de componentes residuales de las calefacciones, de la industria, de los motores de cientos de miles de vehículos, de las seiscientos veinticinco líneas que componen la pequeña pantalla o quién sabe de qué más. Es con este tipo de hombre, sometido a toda suerte de agresiones y demandas deshumanizadoras, con el que tiene que habérselas unas Ciencias Humanas, ya propensas de suyo, a deshumanizar cuanto tocan" (Pinillos, 1986, p. 8).

De otro lado, la imagen del ser humano se ve impactada por la tecnificación, en el que intervienen de modo especial los medios de comunicación y la publicidad. Pero también las Ciencias Humanas avalan la nueva imagen del hombre que surge de este modo de vivir. Nos encontramos con unas Ciencias Humanas que influyen en la naturaleza del hombre. Las Ciencias Sociales tienden a montar sus generalizaciones a partir del tipo de hombre con que se encuentran en sus observaciones, propenden a quedarse en el mero registro de los hechos y en unas inducciones que carecen de modelos ideales con los que comparar y valorar los datos, lo que está ahí, lo puesto delante; en suma, lo positivo. En este aspecto, el positivismo se queda en la epidermis del hombre (Pinillos, 1986).

3. NECESIDAD DE UNA EPISTEMOLOGIA DE LA CIENCIA

Para Pinillos, las Ciencias Humanas se mueven en un campo mecanicista manteniendo una posición paralela a esa sociedad de progreso cuya consecuencia última es la ya mencionada deshumanización. Poco a poco, nos vamos convirtiendo en robots de la sociedad, donde el mundo perfecto de Huxley quedaría bien reflejado. Lamentable es el hecho de admitir que las Ciencias Humanas refuerzan estos hombres robotizados y tal vez porque un día, un lamentable día de la historia, adoptaron la epistemología positiva de las Ciencias Naturales.

"Obsesionados con la objetividad del conocimiento científico, muchos de ellos sueñan aún con mantenerse al margen de toda filosofía, sin caer en la cuenta de que la peor de las filosofías es aquella que ignora su propia existencia, y que los vientos epistemológicos soplan desde hace tiempo en otra dirección de la que marcaba la brújula del positivismo" (Pinillos, 1986, p. 11).

Las Ciencias Humanas de hoy consideran que el diálogo entre la filosofía y la psicología es innecesario, cayendo en un grave error, puesto que científicos de otras disciplinas ya habían recabado en la importancia que la filosofía tiene para la ciencia.

Parece ser que, poco a poco, este afán de objetivismo se va suavizando; los psicólogos comienzan a aceptar que entre la realidad del hombre y su conocimiento científico hay mucha más filosofía de la que supone el viejo positivismo.

La epistemología postpositivista ha dejado claro al menos dos aspectos de interés: De un lado, la admisión de que la observación pura no existe, en el sentido de que toda observación contiene elementos teóricos que penetran e incluso sesgan esos resultados objetivos que se pretenden obtener. De otro, que el contexto científico, en sus descubrimientos, en la elaboración teórica que hace de los hechos, de lo que cree ver tal como es, está influenciado de una manera potentísima por el ambiente socio-cultural, ambiente del que el científico, en una gran mayoría de las veces, niega su influencia o quiere negarla ignorando la realidad irrevocable de la influencia de esos condicionamientos socio-culturales.

La conducta humana no es nunca natural, sino que está afectada por algún modelo antropológico, cultural; la valoración de dicha conducta se le escapa de las manos a la psicología empírica, en cuanto psicología que ha asumido el modelo de la ciencia positiva

excluyendo categóricamente los juicios de valor, la causalidad final, así como el uso de la experiencia interna. Hay aspectos del hombre, como la intencionalidad, que no podrían ser considerados desde una perspectiva científica rigurosa, encomendándose el estudio de ésta a la teología o a la metafísica, que carecen de validez en opinión de los científicos: "Aquí radican a la postre las principales fuentes de error que las Ciencias Humanas cometen al postular unos modelos de hombre privados de intencionalidad, de conciencia y, por consiguiente, despojados de la responsabilidad de sus respuestas. En esta clase de Ciencias Humanas la conducta se explica como mero efecto de sus causas, cuando la realidad es que los hombres actuamos de verdad a causa de los efectos de nuestras acciones, en razón de lo que esperamos conseguir: en suma, a causa de efectos y no como efectos de causas" (Pinillos, 1986, p. 13).

Las ciencias mecanicistas reducen la conducta del hombre a asociaciones entre estímulos y respuestas socialmente controlables por programas de contingencias de refuerzo. Esta reducción del hombre interesa a la sociedad actual, en cuanto pretende un hombre pasivo, maleable a las demandas del Estado, manipulable por la gran máquina de la sociedad. Hombre desprovisto de creatividad, imaginación, conciencia, individualidad, hombre, en última instancia reducido o ajustado a las estipulaciones epistemológicas de las ciencias empíricas, que refleja un estado real de cosas, pero no una norma ideal que permita valorar lo que hay, pues para hablar de tipos ejemplares de hombres es menester abandonar el terreno de la ciencia empírica, o por lo menos abrirlas a otras instancias. Este paso entraña una apertura a un tipo de reflexión que lleva todas las trazas de volver a ser filosófica, por mucho que se la quiera disfrazar de metateoría (Pinillos, 1987).

"Tal vez llegada es la hora de que, olvidando sus diferencias, unas ciencias miren a las otras, y todas ellas contemplen con respeto a ese ser hecho a imagen y semejanza de Dios, que es el hombre: el hombre de las Ciencias Humanas y de todas las ciencias" (Pinillos, 1986, p. 23).

En los años cincuenta y con el auge del conductismo, la psicología desarrolló unas técnicas de intervención terapéuticas, de efectividad superior a las ya existentes. En estos años la psicología se transformó en un saber de intervención, controlando fenómenos que antes quedaban relegados a una mera observación o interpretación teórica. "Creció así la leyenda de unas nuevas humanidades que, juntamente con las Ciencias de la Naturaleza, pondrían definitivamente en la vida del hombre la racionalidad que las viejas humanidades, la religión y la moral no habrían sido capaces de suministrar a lo largo de milenios. En esta versión mirífica del asunto, las Ciencias Humanas se presentaron, pues, como el brazo ejecutor de un progreso que nos llevaría a la felicidad por la ciencia. Por eso, y porque la aceleración de la vida moderna plantea crecientes problemas de adaptación; en parte también, porque los medios de información depositan en la mente de los hombres capas cada vez más espesas de significantes que se interponen entre el sujeto y la realidad; y quizá sobre todo porque la cultura occidental vive un período antropológico de intensa privatización, se ha producido esa gran expansión de las Ciencias Humanas que se registra en las universidades de todo el mundo. Una expansión, no obstante, demasiado absorbida por las aplicaciones, que corre el riesgo de escorarse cada vez más del lado de la práctica, en detrimento de los graves problemas teóricos de fondo que tiene por resolver (Pinillos, 1988a, p. p. 10 y 11).

Actualmente se habla mucho de las Ciencias Humanas e inclusive las grandes editoriales dedican al tema series enteras, pero los contenidos son generalmente superficiales y dispares, ocultando la realidad de lo que todo eso tiene en común. Bajo el encuadre de Ciencias Humanas se incluyen aquellas disciplinas cuyo objetivo es el estudio del conocimiento del hombre, pero estas disciplinas están carentes de un lenguaje común y corren el riesgo de quedarse en una simple colección de conocimientos sobre el hombre sin mayor interés teórico.

A principios de los cincuenta, Lévi Strauss escribió para la UNESCO un trabajo (*Place de l'Anthropologie dans les Sciences Sociales*) donde intentaba dotar a las ciencias sociales de una fundamentación estructural no matemática que justificase su singular condición científica. Aunque en este trabajo la delimitación entre las ciencias sociales y

humanas no estaba del todo clara, Lévi Strauss emparenta las Ciencias Humanas con la lingüística, hasta el punto de hacer de la antropología una ciencia del hombre resueltamente situada en el nivel de la significación y de las ciencias semiológicas.

Pinillos reconoce la existencia de un gran problema sobre la consistencia epistemológica de las ciencias humanas, considerando que éste tiene más de laberinto interdisciplinar que de otra cosa, lo que le lleva a recurrir a la historia de los problemas con el fin de dar con el "hilo de Arianda" de este embrollo epistemológico (Pinillos, 1988a).

Sin duda, existe un problema de escisión entre el mundo exterior y el interior que se acentuó cuando Galileo anunció que el universo estaba escrito en caracteres matemáticos, y cuando Descartes separa del mundo físico objetivo la subjetividad del pensamiento humano. Descartes, en lo referente al cuerpo y a sus movimientos locales, permanece de acuerdo con la nueva ciencia, pero el alma del hombre no está escrita en los mismos caracteres que la materia. El método de la nueva física es el único válido para conocer la verdad de la naturaleza, pero lo subjetivo, el pensamiento, el espíritu no puede caer bajo la jurisdicción de la física. Este dualismo entre cuerpo y espíritu, entre materia y alma, al que alude Descartes, fue heredado por las Ciencias de la Naturaleza. En opinión de Pinillos (1988c), el sistema metafísico de Descartes, tremendamente mecanicista por lo que hace a la materia, deja de serlo cuando llega el momento de dar razón de la mente del hombre, y es ahí por lo que fracasa el empeño de construir un método único de conocimiento: la mathesis universalis.

"Con el positivismo se optó por el naturalismo, entre otras razones porque a la sazón el único modelo presentable de ciencia empírica que existía era el de la ciencia natural. Hoy el panorama ha variado y no son pocos los que piensan que ha llegado el momento de revisar aquella decisión y saldar cuentas que estaban pendientes desde entonces. Creo que el actual desarrollo de la psichistoria responde a esta actitud que, desde luego, es la mía también" (Pinillos, 1988a, pp. 32-33).

Las Ciencias Humanas se constituyeron al filo del naturalismo pero, en opinión de Pinillos, éste se ha quedado angosto. "Está bien que las Ciencias Humanas pongan números a las cosas, hagan uso de un lenguaje matemático siempre que les sea posible, apliquen la estadística, empleen un lenguaje 'observacional' de hechos públicos y otro teórico en la medida en que se pueden distinguir uno de otro y busquen las mismas garantías metodológicas que el resto de las ciencias positivas. Sí, sí, todo eso está perfectamente, siempre que no se olvide que la realidad humana que estudian estas ciencias presenta ciertas singularidades importantes, que el método científico-natural de suyo no sólo no contempla, sino que explícitamente se niega a considerar. Así, por ejemplo, el lenguaje que los epistemólogos llaman de hechos o de observación, presenta en las ciencias del hombre una particularidad muy singular, y es que no sólo tiene que atender a unos hechos que son públicos, igual que en el resto de las ciencias, sino que asimismo debe hacerse cargo de unos hechos privados, de unas experiencias subjetivas que caen fuera de la jurisdicción metodológica ordinaria" (Pinillos, 1988a, pp. 55 y 56).

4. EL LENGUAJE CIENTIFICO, UNIFICADOR DE LA EXPERIENCIA EXTERIOR E INTERIOR

Pinillos considera que lo único importante del lenguaje no es su estructura lógica, ni incluso sus aspectos sociales, pues ambas posiciones pasan por alto el hecho capital de que sus posiciones presuponen un logos radical, fundante, del que no se puede prescindir a la hora de hacer reflexión sobre estos temas. Para Pinillos (1988a), el lenguaje de las Ciencias Humanas es identificable con la propiedad radical de comprender que acompaña a la vida en su despliegue histórico. El lenguaje forma parte del 'leigen' originario sobre el que descansa y del que se alimentan los instrumentos lingüísticos de la filosofía y de la ciencia, que sirven para interpretar y hacer explícito lo que de antemano está entendido.

El lenguaje recoge y da forma no sólo a la experiencia de las cosas y del mundo en que vivimos, sino a la experiencia del propio vivir. Las experiencias, puesto que contamos con experiencias interiores y exteriores, serían las dos caras, las dos facetas de la vida del hombre y, por tanto, si ambas forman parte del hombre, las Ciencias Humanas no pueden

prescindir de ellas. Por tanto "la experiencia de las cosas como la de la vida que el hombre hace con ellas, son perfectamente alojables en la estructura epistemológica y en la metodología de la ciencia positiva más estricta (Pinillos, 1988a). Pero las ciencias del hombre jamás podrán llegar a un conocimiento del hombre si a la función analítica y referencial del lenguaje no añaden otra función más sintética y expresiva, que refleje, en cierta medida, en el comportamiento exterior, esa experiencia interior.

Existen dos cuestiones importantes: la primera de ellas se refiere a la posibilidad de utilizar un lenguaje de hechos que no se quede en la epidermis de las cosas y permita hablar de los estados internos, sentimientos e intenciones que son propios del ser humano y forman parte habitual de sus actos. La segunda cuestión se refiere a las razones que hacen aconsejable el uso efectivo de un lenguaje así, de un lenguaje experiencial, además de observacional que, a la designación de referentes objetivos, añade la expresión de estados de ánimo y vivencias subjetivas.

En este sentido, y haciendo referencia al lenguaje interior que se postula para las ciencias del hombre, no se puede aludir a los hechos públicos que manejan las Ciencias Naturales. Se trata de la propia conciencia del sujeto, de sus propias experiencias privadas y esto se escapa por completo a la observación, siendo tan sólo accesibles a la propia persona que los vive. Son experiencias intransitivas, aunque pueden ser comunicadas a otras personas, siendo entonces éstas partícipes de las mismas y pueden expresarlas con palabras parecidas.

"La ciencia positiva es siempre inicial y terminativamente empírica, comienza en la observación y termina en ella. Tampoco las Ciencias Humanas pueden prescindir del lenguaje observacional corriente, entre otras razones porque en última instancia la existencia de un lenguaje público es lo que hace posible la existencia de un lenguaje privado, lo que permite que el lenguaje privado pueda usarse rectamente, esto es, de acuerdo con las más exquisitas reglas del arte y sin salirse nada del ámbito de la ciencia positiva más estricta" (Pinillos, 1988a, pp. 62-63). El lenguaje de los hechos internos hace referencia a experiencias privadas, experiencias que se pueden comunicar a otros sujetos y que suelen ser semejantes entre los distintos individuos. Esa función del lenguaje no es exclusiva de las Ciencias Humanas, también pertenece al lenguaje corriente que puede asumir en última instancia el más ortodoxo de los lenguajes científicos. Aun cuando el lenguaje de hechos de la ciencia es público y no tiene el mismo referente exterior para todos los observadores, cada cual percibe esa realidad objetiva en un acto subjetivo. La experiencia científica es pública en la medida que está a la vista de todos los observadores, pero cada uno de ellos, hará una interpretación personal, interna, subjetiva de lo mentado, porque el sujeto refunde las cualidades del objeto con las que él mismo, a través de su intransferible experiencia personal, le agrega.

4. CONCLUSION

El pensamiento de Pinillos hunde sus raíces en una dilatada y fecunda formación filosófica, que considera decisiva para entender el comportamiento humano, y que no se limita a un respaldo metodológico formal, de corte positivista y analítico (Pinillos, 1989). El pensamiento filosófico se nutre de la sabiduría clásica aprendida en su juventud de la mano de Aristóteles y Santo Tomás, fundamentalmente; madura progresivamente con la reflexión fenomenológica de Brentano, Meinong, Hartmann, Scheler y, sobre todo, Husserl, quien está presente continuamente en su pensamiento, cuando afirma que las ciencias de hechos no tienen nada que decir sobre el problema del sentido y del no-sentido de la existencia humana (Husserl, 1936). Husserl confía en que la psicología utilizará el análisis de la vida, el único antídoto eficaz contra los males del objetivismo científico. (Husserl, 1936). En este mismo sentido, recoge el pensamiento de Pascal, Bergson, Wildelband, Goethe, Lotze, Lipps, Klages, Dilthey y tantos otros defensores del espíritu y de la importancia de la conciencia para la psicología.

La influencia del existencialismo comienza a sentirse a partir de los años 50 en los escritos de Pinillos a través de citas repetidas a Kierkegaard, Heidegger, Ortega y Gasset, Merleau-Ponty, Jaspers, Sartre... La fenomenología "reductiva" de Husserl había quedado

prisionera de la conciencia y aislada de la realidad misma. La pérdida de referencia a la realidad y su cierre en el puro "sentido" privaba al hombre de su momento de contacto con su mundo. La recuperación del entorno se realiza a través del existencialismo que afronta el modo de ser del hombre en el mundo, esto es, el hombre como ente que está en el mundo y lo habita. De ahí que la existencia sea, en expresión de Ortega, al mismo tiempo el análisis de las estructuras del mundo y del hombre, en cuanto éstas condicionan el existir humano. De este modo, en el pensamiento de Pinillos se restablece la unidad primordial hombre-mundo y la ruptura del "círculo encantado", en expresión de Ricoeur, de la relación sujeto-objeto (Moya, 1992).

En los años 60 se sensibiliza Pinillos con los problemas sociales que se derivan del potencial manipulativo del hombre a través de la psicología: El verdadero problema de estos saberes es que plantean una eficacia desconectada de sus raíces intelectuales y morales. La creciente efectividad técnica, y a su vez su relativa desconexión de las grandes cuestiones filosóficas y sociales, hace que las ciencias empíricas sean eminentemente aptas para ser usadas como instrumentos de grupos de presión sin demasiados escrúpulos morales. Pinillos se alinea con el pensamiento crítico del sociólogo Friedman respecto a la selección de personal cuando se realiza con una finalidad eminentemente económica; se adhiere a las críticas de Whyte a los programas psicológicos que implantan en los ánimos de los jóvenes ejecutivos la "espontaneidad" cooperadora que conviene a la Organización. Las posibilidades manipulativas de la información, la propaganda, la ayuda a la adaptación a modelos orgánicos de la empresa con fines axiológicamente discutibles son denunciados por Pinillos, haciéndose eco de autores como Vance Packard, Argyris y March y Simon, entre otros.

En la defensa del humanismo científico, Pinillos ha recuperado las aportaciones de la escuela de Frankfurt, sus críticas a la sociedad postindustrial y el concepto de "razón" que de alguna manera la ha propiciado. Adorno, Marcuse, y Jürgen Habermas intentaron ofrecer una clarificación racional sobre la estructuración que ha alcanzado la sociedad industrializada y las consecuencias que semejante estructuración ha comportado sobre la vida del hombre y sobre la cultura, explicable todo ello desde el concepto de "razón" vigente. En su Psicopatología de la vida urbana (1977a), Pinillos se enfrenta con las inmensas posibilidades que ofrece la ciudad para la civilización y la cultura, pero avisa sobre los enormes riesgos y deformaciones que su crecimiento desordenado ha impuesto al hombre. El hombre de hoy es él y su tecnoestructura, entendiéndose por tecnoestructura una ecología de alto nivel técnico, esto es, un medio ambiente muy tecnificado, como es el de las grandes ciudades en los países avanzados. La tecnoestructura se ha convertido en un arma de doble filo, en una poderosa herramienta que si, por una parte, ofrece al hombre un extraordinario elenco de posibilidades vitales, por otra, en cambio, lo reduce a insignificante piecicilla de un sistema impersonal, lo pone al servicio del mostrenco de las leyes y demandas de la economía o de las razones de Estado (Pinillos, 1986).

La recuperación de la conciencia en los años 70 para la psicología se realiza fundamentalmente a través de la biología, la cibernética y la utilización de modelos. Popper, Prigogine, Eccles, Sperry y otros consideran del todo imprescindible la intervención de una causalidad descendente, que asuma y module las leyes de los niveles inferiores de acción, tanto en física como en biología, si es que los diferentes sistemas que componen la realidad están vinculados por algún tipo de reciprocidad, esto es, forman parte de un mismo mundo y de una misma evolución compartida (Pinillos, 1985a). Los actos conscientes, en cuanto propiedades funcionales emergentes de la actividad neural, ejercen un control activo como determinantes causales que configuran el flujo de la excitación cerebral. Una vez generadas a partir de la actividad nerviosa, los programas y pautas mentales superiores poseen sus propias cualidades subjetivas, y se desarrollan, operan e interactúan de acuerdo con sus propias leyes causales y principios, que son diferentes de, y no reducibles a los de la neurofisiología..., estos eventos mentales trascienden lo fisiológico, exactamente igual que lo fisiológico trasciende lo molecular, lo molecular lo atómico, lo atómico lo subatómico, y así el resto (Sperry). Por otra parte, la aparición de la cibernética y de la teoría general de sistemas han hecho posible, con su concepto de retroacción,

reconceptualizar la idea de substrato, al margen de la metafísica, por un camino distinto del aristotélico, en términos de un proceso que reobra sobre sí mismo y, al hacerlo, se apropia de sí, se hace sustantivo sin ser substancial. Esa substantividad empíricamente definible es, en principio, lo que puede hacer las veces de sujeto, epistémico o no, en una psicología que desee conservar para la actividad humana su condición de praxis, de acción, que no sólo depende de sus condiciones objetivas, sino asimismo de las condiciones interiores de un sujeto capaz de transformar activamente aquellas (Pinillos, 1985b). Desde los modelos de máquina que tratan de desarrollar operativamente el TOTE y otros modelos, podemos constatar, dice Pinillos, que además de respondiente y operante, la conducta del hombre es pensante: los hombres actuamos en vista de y en razón de, además de a causa de. Además, en el conocimiento humano, las condiciones exteriores actúan a través de las interiores, es decir, de su procesamiento de la información que se nutre también de fuentes subjetivas, eventualmente sesgables por el deseo, las expectativas o la falsa ciencia.

La unificación de la ciencia y el humanismo viene de la mano del lenguaje, entendido como la propiedad radical de comprender que acompaña a la vida en su despliegue histórico y que justamente presupone la ciencia y la hermenéutica. En el lenguaje se recoge la experiencia de las cosas y del mundo que nos rodea, la experiencia del propio vivir y del ser que se ve afectado por sus propias experiencias internas y su forma de enfrentarse con ellas. Tanto la experiencia de las cosas como la de la vida que el hombre hace con ella, son perfectamente alojables en la estructura epistemológica y en la metodología de la ciencia positiva más estricta. Esta es, dice Pinillos, la tesis que defiende (Pinillos, 1988a).

El éxito fundamental de la obra de Pinillos se debe a que ha sabido integrar los distintos aspectos en que puede ser estudiado el hombre y nos ofrece una visión omnicomprendensiva del ser humano. También Pinillos ha estudiado personalmente aspectos fragmentarios, reconociendo la importancia que tiene para la ciencia este tipo de investigaciones, pero él ha sentido la necesidad de reconstruir al hombre a partir de los fragmentos dispersos, que ofrecen los trabajos de investigación de las distintas especialidades de la psicología, para ofrecer una imagen cabal, integrada del hombre.

Por último, probablemente, en la historia de nuestra cultura nunca ha sido más necesario que hoy el cultivo a fondo del Humanismo. Advertencia ésta que va dirigida sobre todo a nosotros los psicólogos. Pero nunca tampoco ha sido más preciso que el humanista abra los ojos ante la realidad, se haga cargo de ella y descubra nuevas maneras de interpretarla y ordenarla. La única manera de alcanzar la libertad consiste en no desconocer al hombre (Pinillos, 1960).

BIBLIOGRAFIA

- Husserl, E. . (1936). *Phenomenology and the crisis of philosophy*. New York: Harper.
- Moya Santoyo, J. . (1992). *Psicología Cognitiva*. En Luis García Vega, *Historia de la Psicología*. Madrid: Eudema. (En prensa).
- Pinillos, J. L. . (1948). *Unamuno en la crítica española de estos años*. *Arbor*, número 36.
- Pinillos, J. L. . (1951a). *Apuntes en torno a las humanidades y las ciencias*. *Arbor*, nº 69-70, pp. 1-27.
- Pinillos, J. L. . (1951b). *La vida de la ciencia*. *Arbor*, nº 67-68, pp. 557-591.
- Pinillos, J. L. . (1954). *Operacionismo y Psicología*. *Teoría*, número 7-8, Madrid.
- Pinillos, J. L. . (1956). *Mundo técnico y cultura cristiana*. *Nuestro Tiempo*, número 19.
- Pinillos, J. L. . (1960). *Psicología, humanismo y sociedad*. *Revista de la Universidad de Madrid*, 9, 34, 483-511.
- Pinillos, J. L. . (1961). *Psicología, humanismo y sociedad*. *Revista Universidad de Madrid*, número 34.
- Pinillos, J. L. . (1962). *Introducción a la psicología contemporánea*. Madrid: C. S. I. C.
- Pinillos, J. L. . (1964). *El porvenir de la razón moral*. *Cuadernos para el Diálogo*, número 3.
- Pinillos, J. L. . (1966a). *Psicología del hombre en la gran ciudad*. *Semanas Sociales de España*.
- Pinillos, J. L. . (1966b). *Image of man*. *Evian: Acta del IV Congreso Mundial de Sociología*.
- Pinillos, J. L. . (1969a). *La mente humana*. *Salvat*. Traducción portuguesa.
- Pinillos, J. L. . (1969b). *Las ciencias humanas y la organización industrial*. *Nuevos caminos*. Madrid: Instituto Superior de Organización de Empresa.
- Pinillos, J. L. . (1970). *La psicología fenomenológica*. En *Homenaje a Javier Zubiri*. Madrid.
- Pinillos, J. L. . (1971a). *Husserl y el saber psicológico a priori*. En *La Filosofía actual en Alemania*. Ed. Tecnos.
- Pinillos, J. L. . (1971b). *La vida psíquica del individuo del año 2000*. *Revista de Estudios Sociales*, número 1.
- Pinillos, J. L. . (1974). *La imagen del hombre en las Ciencias Humanas*. En *La psicología y el hombre de hoy*. México. Ed. Trillas, primera ed. 1983, pp. 17-32.
- Pinillos, J. L. . (1977a). *Psicopatología de la vida urbana*. Espasa Calpe. Traducción italiana.
- Pinillos, J. L. . (1977b). *Psicopatología de la vida urbana*. Madrid: Espasa Calpe.

- Pinillos, J. L. , (1978). Lo físico y lo mental. En *La psicología y el hombre de hoy*. Méjico: Ed. Trillas, primera ed. 1983. pp. 141-164.
- Pinillos, J. L. , (1982). Influencia de los EE. UU. en las Ciencias del Hombre. En *Influencia Norteamericana en el desarrollo científico español*. Asociación Cultural Hispanoamericana.
- Pinillos, J. L. , (1983a). La imagen del hombre en las ciencias humanas. En José Luis PINILLOS, *La psicología y el hombre de hoy*. México: Trillas, pp. 17-32.
- Pinillos, J. L. , (1983b). La psicología fenomenológica. En J. L. PINILLOS. *La psicología y el hombre de hoy*. Madrid: Trillas (p. 103-124).
- Pinillos, J. L. , (1983c). La personalidad humana y el orden social. En *La psicología y el hombre de hoy*. México: Trillas, p. 33-49
- Pinillos, J. L. , (1984). Ortega y la psicología. *Revista Campus de la Universidad de Alicante*, vol. III.
- Pinillos, J. L. , (1985a). El uso científico de la experiencia interna. I Congreso Internacional de Evaluación Psicológica. *Evaluación Psicológica*, vol I, nº1-2, pp. 59-78.
- Pinillos, J. L. , (1985b). Epistemología de las ciencias Humanas. En I Reunión de Investigación en Humanidades. Universidad de Salamanca.
- Pinillos, J. L. , (1986). El hombre de las ciencias humanas. Madrid: Lección inaugural del curso académico 1986-1987 Editado por la Fundación Universitaria San Pablo. C. E. U.
- Pinillos, J. L. , (1987). Progreso Técnico y Comportamiento humano. Universidad Pontificia de Salamanca, pp. 45-54.
- Pinillos, J. L. , (1988a). El lenguaje de las ciencias humanas. Madrid: discurso leído el 18 de diciembre de 1988 y contestación de Julián Marías. Editado por la Real Academia Española.
- Pinillos, J. L. , (1988b). Las cuentas pendientes de la psicología científica. *Revista Interdisciplinar de Psicología*, año IV, nº 4.
- Pinillos, J. L. , (1988c). Las humanidades en un mundo técnico. *Cuenta y Razón*, número 27, pp. 17-20.
- Watson, J. , (1925): *El conductismo*. New York: Norton.